

DOCUMENTO

J u a n R o s s i
(C a r d i a s)
T r a d u c c i ó n
d e
J o s é P r a t

Un episodio de amor en la Colonia Socialista Cecilia

Si la verdad te espanta, no leas;
porque este librito está, para ti,
lleno de espantos.

Fue en una tarde de noviembre de 1892, que Eléda y Aníbal llegaron a la colonia, y fue una llegada poco alegre.¹ Los nuevos compañeros estaban fatigados del viaje, y mal prevenidos contra la colonia, que los disidentes —llamémosles así—, establecidos en Curityba, habíanles descrito como una de las más pobres y menos socialista de lo que en realidad era. También por parte mía contribuí a la poco alegre llegada, recibiendoles fríamente, por haber creído habían titubeado en venir, lo que no era verdad. Así es que, aquella tarde Eléda no me hizo otra impresión que la de una persona fatigada y un poco triste.

Y sin embargo, aquellos nuevos compañeros merecedores eran de todas mis simpatías.

Conocí a Eléda un año antes en *** durante una conferencia pública en la cual explané algunas ideas sobre el amor libre. Me acuerdo que, habiéndola interrogado privadamente, respondiome con mucha ingenuidad, que las admitía. La vi, pocos días después, en un hospital de aquella ciudad, enfermera valerosa llena de abnegación, incansable, cerca del lecho de muerte de aquel valiente joven socialista que, durante cinco años, fue su compañero amantísimo. Los amigos me dijeron que la vida de Eléda fue siempre una continua y modesta abnegación; una lucha penosa, pero fuerte e inteligente, para su amigo y para nuestras comunes ideas.

De ella, de su sencillez, de su tristeza, de su fuerza de ánimo, me había llevado un cierto sentimiento de simpatía y de admiración; pero no el pequeño deseo de la mujer. Era para mí una figura noble y delicada, que se imponía por su carácter, que me embarazaba por su bondad, que me gustaba como nos gusta un compañero galante. Los momentos en que conocí Eléda en *** fueron raros, breves y dolorosos; pero estas impresiones quedaron claramente grabadas, precisas, y así lo comuniqué a la buena amiga Giannotta.

Aníbal es un buen compañero, de aquellos que en la agitación socialista hánse habituado a perder mucho y ganar nada. Es de mente nada vulgar, pero tiene el corazón más grande que la mente. Bajo una apariencia tosca, esconde un sentimiento fino y delicado. Fue de los primeros y de los pocos que apoyaron con decisión la iniciativa de esta colonia socialista, y la ayudó grandemente, viniendo después a formar parte de ella. Aníbal es hombre a quien estimo y trato con particular esmero. En los primeros días de su llegada tuve ocasión sobrada de conocer mejor a Eléda.

Es una mujercita de treinta y tres años; pero cuando está tranquila y se siente en salud, demuestra tener apenas veinticinco. Tiene en sus ojos y en su carita de líneas finas algo que la asemeja a una niña. La expresión de su faz es siempre seria, de una seriedad triste. Principió a interesarme, y a menudo me complacía en preguntarle si se habituaba a esta soledad de la pradera y de los bosques, a esta monotonía y escasez de vida. Me respondía que hacía todos los esfuerzos para ello y que lo lograría. Entonces veía en ella a la socialista inteligente, valerosa, buena, que encontré en ***. Y de ahí una simpatía, un afecto delicado y atento creció en mí, que no era otro que el alba del amor.

Una noche dióme a leer una carta que le había escrito Gianotta, augurándole un buen viaje para la colonia. “Si vas sola —decíale— acompáñate² una vez allí con mi *Cardias* amigo; haréis una buena pareja; de cualquier modo que sea, dale en mi nombre un beso y un abrazo”.

—Y pues, Eléda, ¿cuándo piensa cumplimentar el encargo de Gianotta? ¿cuándo paga aquella deuda?—le pregunté, bromeando, al día siguiente.

—Pronto o tarde— respondió en el mismo tono.

1 La Colonia estaba situada en Palmeira, Paraná (Brasil) y se fundó en 1890, bajos los principios del comunismo anárquico. (N. del T.)

2 Traduzco fielmente esta palabra, por mucho que en español choque, porque ella significa mejor, a los anarquistas, y con precisión, el verdadero sentido que el autor quiere imprimir a ella (N. del T.)

Pasaron algunos días.

—Escuche, Eléda —le dije una noche en su casa—. Usted es una mujercita seria, y se le debe hablar sin artificios.

Miróme y comprendió enseguida.

—¿Por qué no podría amarme también un poquito?

—Porque temo hacer demasiado daño a Aníbal.

—Háblele usted de ello.

Nos separamos sin un beso.

Eléda habló a Aníbal, como una compañera afectuosa, pero libre y sincera, debe hablar al compañero que ama y estima. Aníbal respondió como un hombre, que, por encima de sus pasiones, pone el escrupuloso respeto a la libertad de la mujer.

—Sufre— me dijo Eléda.

—Era de prever—respondí. Pero ¿cree usted que sufre en él el lado bueno o el malo del corazón? Este dolor ¿es humano, es socialístico, es indestructible? ¿Es el dolor del puñal que mata, o es el del bisturí que cura?

—Esto es lo que conviene saber— respondióme Eléda. Y nos separamos sin cambiar aun ni un beso.

El mismo Aníbal nos lo dijo:

—Es el prejuicio, es el hábito, es un poco de egoísmo, es lo que queráis; pero la libertad debe de preceder en todo y antes de todo. Amo a Eléda, y no hay motivo para que dejes de amarla. Sufriré, pero me hará un bien. Tu vives triste, sin amor. Eléda hará perfectamente en confortar tu vida.

—¿Guardas resentimientos para con Eléda o conmigo?

—De ningún modo.

Aquel día Eléda y yo cambiamos el primer beso. Aquella noche Eléda vino a mi casa, y Aníbal lloró en la tristeza del aislamiento.

Así, desgraciadamente, es aún la vida. La felicidad de uno ménguala el dolor del otro.

Pocos días después, los compañeros supieron nuestra iniciativa de amor libre; ¡con cuánta delicadeza, con cuánta lealtad, con cuánta abnegación se había triunfado de uno de los más sentidos y feroces prejuicios sociales!

En la colonia Cecilia, desde sus comienzos, se había hecho la propaganda teórica del amor libre, entendido no como unión ilegal —o divorciable maridaje sin cura o sin juez— sino como posibilidad de afecciones diversas y contemporáneas, como la verdadera, evidente, práctica y posible libertad de amor, tanto para el hombre como para la mujer; se habían discutido las razones y las oportunidades de esta reforma en las costumbres, tales como, poco más o menos, resumiré al final de este escrito. En general, se admitía teóricamente esta reforma: pero, en la práctica, se la aplazaba para las Kalendas griegas, por el dolor que experimentaban los maridos, por los prejuicios de las mujeres, por las relaciones domésticas desde larga fecha establecidas y que parecía duro romperlas, por el temor de que, disolviéndose la colonia, mujeres y niños quedaran abandonados a sí propios, y puede que, un poco, por deficiente

emprendimiento del elemento célibe; por más que todo, me parece, por aquella fuerza obstinada, brutal, irreflexiva del hábito, que dificulta y dificultará siempre el progreso humano.

Así predisuestos los ánimos en la colonia, la noticia del hecho acaecido fue acogida con sentimiento de grata sorpresa, turbado solamente por el temor de que Aníbal, a pesar de su inteligencia y de su bondad, sufriese con ello. Las mujeres, en general, no cambiaron su comportamiento para con Eléda, y hasta puedo asegurar que ningún sentimiento de poca estima, interior u oculto, guardaban con ella.

Cuando después vióse el modo respetuoso con que traté a Eléda, el continente, de ésta que no cesó un momento de ser afectuosa con Aníbal y reservada conmigo; el afecto fraternal que nos une a Aníbal y a mí en el objetivo común de hacer agradable la vida de Eléda; cuando, en suma, se vio que el libre amor no es vulgaridad animalésca, pero sí la más alta y bellísima expresión de la vida afectiva, desaparecieron hasta las últimas vacilaciones, y nuestro caso —sin que, hasta el presente haya sido imitado— fue considerado como un hecho normal de la vida. Mas aún, me parece que el viejo edificio del amor, único y exclusivo de la pretendida o real paternidad, ha quedado aquí maltrecho en sus paredes maestras, desde el cúpulo a los cimientos, próximo a derrumbarse si otro empuje viene a sacudirlo de nuevo. De la entidad familia, me parece que, aquí, ha muerto el espíritu, y solo queda el cuerpo, valiéndome de las frases que los viejos metafóricos usan.

El hecho que he narrado sucintamente es demasiado complejo, demasiado íntimo, demasiado finamente tejido de sentimientos diversos, para que pueda ser demasiado fácilmente comprendido, no solo por los extraños, sino hasta de los mismos actores. Para mayor comprensión me ha parecido necesario una especie de análisis psicológico, al cual Aníbal y Eléda hánse prestado con absoluta sinceridad, respondiendo a los dos cuestionarios que reproduzco a continuación:

Cardias ruega al querido compañero Aníbal le responda sinceramente a las preguntas siguientes, al objeto de precisar algunos datos psicológicos referentes al tema de amor libre. Un beso afectuoso de tu

Cardias

Respondo voluntariamente a tus preguntas, haciéndote, pero, observar, que si el libre amor estuviese generalizado, muchos sí dolorosos convertiríanse en *no*. Cordialmente te devuelvo el beso que me mandaste.

Tu afectísimo, *Aníbal*

—¿Admitías en la mujer la posibilidad de amar noblemente a más de un hombre? —Sí, pero no en todas las mujeres. —¿Le reconocías este derecho? —Sí. —¿Considerabas el amor libre útil al progreso de la moral socialista y de la paz social? —Sí, lo creía y créolo aún, porque, sin esto, ¿dónde está la libertad y la igualdad? —¿Creías que la práctica del amor libre pudiese causar dolor a algunos de los dos participantes? —Sí. —¿Cuál, especialmente? —Tal vez a los dos. —¿Considerabas que el compañero de la mujer hubiese sufrido adolorido el nuevo afecto de su compañera para con otro? —Sí, si la ama verdaderamente. —¿Que lo hubiese

aceptado con indiferencia? — *Sí*, si no la amase, o fuese un canalla. —¿Con placer? —Casi nunca; pero podía sentir satisfacción si conoce que efectúa una obra consoladora y digna de nuestros principios. —¿Que lo hubiese deseado, sugerido, favorecido? —*Idem*.

—Cuando Eléda te contó mi petición, ¿sentiste dolor? —*No*. —¿Sorpresa? —*No*, porque lo había ya manifestado en Italia y a ello estaba preparado. —¿Desprecio? —*No*, nunca. —¿Humillación? —*No*. —¿Resentimiento para conmigo? —*Resentimiento no*, pero sí compasión. —¿Fue vanidad ofendida? —*No*. —¿Instinto de propiedad herido? —Nunca pensé ser propietario de Eléda; esto hubiera sido una afrenta para ella. —¿Egoísmo o deseo de bien exclusivo? —*Egoísmo no*, pero más bien miedo de que disminuya su afecto para conmigo. —¿Temor del ridículo? —*Un poquitín*. —¿Idea de lesa castidad conyugal? —¿*Acaso fui casto yo?* —¿Fue espontáneo tu consentimiento? —Absolutamente *sí*. —¿Fue por coherencia a los principios de libertad? —Un poco por compasión de verte sufrir, y un poco por coherencia. —¿Fue por piedad de mí, que tanto tiempo vivía sin amor? —A esto respondí ya. —¿Si se hubiese tratado de otro compañero, supones que habrías experimentado idénticas sensaciones? —No podría precisarlo; pero si así hubiese acaecido, hubiera sufrido mayormente. —¿Si se hubiese tratado de un proletario, no compañero nuestro? —*Idem*. —¿De un burgués? —Hubiera compadecido a Eléda y sufrido mucho, sin poder afirmar que la hubiese dejado.

—¿Has sufrido mayormente antes de verme con Eléda? —*No*. —¿La primera vez? —*Sí*. —¿O a cuál de las siguientes? —*Siempre*, más o menos.³ —¿Has llorado? —*Sí*. —¿En tu dolor había resentimiento contra Eléda? —*No*. —¿Contra mí? —*No*. —¿Temor del ridículo? —Respondí ya. —¿Tristeza de aislamiento? —*Un poco*. —¿Temor de que sufrieran una desviación los afectos de la compañera? —Conozco lo suficiente a Eléda para decir *no*. —¿Temor de que yo la tratara vulgarmente? —*No*. —¿Que la tratase con dulzura? —*Sí*.

—¿Deseo que ella gozase de otro afecto fisiológico e intelectual? —*No sé*. —¿Disgusto de esto? —Si fuese no sentiría disgusto. —¿Temor de que volviese menos pura? —Conozco a Eléda lo suficiente, para responder *no*. —¿Menos afectuosa? —*Sí*. —¿Instinto irrazonable e involuntario de egoísmo? —Por más que todos, actualmente, somos egoístas, *no creo* que mi disgusto fuese producido por el egoísmo. —Combatiendo tu dolor, ¿has experimentado la satisfacción del que hace un bien? —*Ciertamente*. —¿Te cruzó por la mente la idea de la fuga? —*Sí*, pero no fundado en este solo motivo. —¿La apreciación de los demás influye sobre tus sentimientos? —Desprecié siempre las apreciaciones de los demás; sin embargo, me hubiera causado pena verme el ludibrio de los imbéciles. —¿La estima para tu compañera es igual de antes? —*Sí*. —¿El afecto para ella es igual, mayor o menor? —Es igual, pero tal vez mayormente sentido. —¿La repetición de las ausencias de tu compañera alterna tu dolor? —*Sí*. —¿Lo vuelve irascible? —*No*. —¿Te son más dolorosas las ausencias breves? —*No*. —¿Las largas? —*Sí*. —¿Serían más dolorosas las ausencias de algunos días? —Aquí entra el egoísmo, puesto que estas ausencias largas harían de mí un paria del

amor, como tú lo eras antes. —¿Sufres mayormente viendo a la compañera quedarse conmigo? —Al principio *sí*. —¿O viéndola marchar de tu casa para la mía? —Ahora me es indiferente. —¿Te parecería más aceptable que la compañera viviese sola y nos invitase voluntariamente? —*Sí*, para la tranquilidad y libertad de todos.

—¿Te disgustas que yo la ame? —*No*. —¿Crees que el amor libre se generalizará por la rebelión de las mujeres? —*Sí*. —¿Por el consentimiento de los hombres? —Aunque los hombres no lo quieran, cuando las mujeres se rebelarán seriamente, se efectuará, y todos, después, estarán contentos de ello. —¿Por desinteresada iniciativa de éstos últimos? —*No*, salvo algunas excepciones, que podrán dar el buen ejemplo.

He ahí este otro documento humano:

Eléda:

Para el estudio exacto del episodio afectivo al cual tan noblemente has participado, necesito algunos datos sobre tus íntimas sensaciones. Te los pido con la certeza de que me confiarás sinceramente, porque tú conoces la importancia que puede tener este estudio psicológico, y porque la franqueza está en tu carácter. Perdóname si algunas preguntas son indiscretas; perdóname y procura responder, porque tienen una mira científica.

El amigo *Cardias*

—¿Fuiste educada según la moral ortodoxa? —*Sí*, hasta los veinte años. —¿En el primer amor juvenil te sentiste absorbida exclusivamente en un solo afecto? —*Sí*. —¿En tu segundo amor, que fue el más duradero y el más intenso, amaste a otro contemporáneo a tu adorado y llorado compañero? —*No*. —¿Sentiste alguna naciente simpatía? —*Sí*. —¿La cultivaste? —*No*. —Cultivarla, ¿te hubiera parecido culpable? —*No*.

—¿Te faltó la ocasión? —*Sí*. —¿La buscaste? —*No*. —¿Tu afición por L... que fue la más breve y la menos profundamente sentida, fue exclusiva? —Sentí en aquel tiempo otra simpatía; pero, como se suele decir, inocente. —¿Y tu afición por Aníbal fue exclusiva? —*Sí*, hasta que te conocí. —¿Hace mucho tiempo que admites la posibilidad de amar contemporáneamente a más de una persona? —*Sí*. —¿Fuiste alguna vez celosa? —*Alguna vez*; pero mis celos fueron de brevísima duración. —¿Te entregaste alguna vez sin amor? —*Nunca* sin simpatía. —¿Y por sensualidad? —*Nunca*. —¿Tolelaste violencias morales? —*No*.

—¿Te sorprendió mi petición amorosa? —*Un poco*. —¿Te disgustó la forma breve y directa que empleé? —Al contrario, me gustó mucho. —¿Prometiste por piedad? —*Un poco*. —¿Por simpatía? —*Sí*. —¿El temor de causar dolor a tu compañero era verdaderamente el único obstáculo? —*El único*. —¿Te tentó la idea de amarme, sin que lo supiese tu compañero? —*No*. —¿Cuando le referiste mi petición, manifestaste el deseo de satisfacerla? —*No*. —¿Sufriste al adivinar el disgusto del compañero? —*Sí*. —¿Sufriste por él? —*Sí*. —¿Por ti?

3 Han transcurrido algunos días desde que Aníbal respondió a estas preguntas y ahora me parece más tranquilo, tanto, que las dos últimas veces encargó a Eléda me diera "la buena noche".

—También por mí. —¿Por mí? Por ti especialmente. —¿Consideraste su dolor como una prueba de amor para contigo? —Sobre esto no sé dar mi opinión. —¿Cuando te entregaste a mí, el consentimiento de tu compañero era completo? —Sí. —¿Precipitaste un poco los acontecimientos? —No. —¿El dolor de tu compañero lo consideraste razonable? —Lo consideré como el resultado de los prejuicios que, queramos o no, pesan sobre nosotros. —¿Destinado a desaparecer? —Sí. —¿Nuestra conducta *vis a vis* de tu compañero te pareció correcta? —Sí.

—¿Viniste a mí con conciencia segura? —Sí. —¿Aumenté yo un poco la felicidad de tu vida? —Sí. —¿Me amas sensualmente, intelectualmente, de corazón? ¿un poco de todas tres maneras? —Sí, un poco de todos tres modos. —¿Desde el primer día, me amas un poco más? —Mucho más. —¿Amas más a Aníbal? —Sí. —¿Estos dos contemporáneos afectos te han vuelto mas buena? —Sí. —¿Más sensual? —No. —¿Te perjudican la salud? —No. —¿La contemporánea multiplicidad de los afectos, esto que nosotros llamamos amor libre, te parece natural? —Sí. —¿Socialmente útil? —Con preferencia a todo, socialmente útil. —¿Te disgustaría no conocer la paternidad de un hijo que ahora generases? —No.

No se crea que Eléda es una mujer de fáciles amores, y mucho menos uno de aquellos fenómenos patológicos, a los cuales es inútil buscar las leyes fisiológicas de la vida. Ella representa más bien el tipo medio de las obreras inteligentes de las grandes ciudades, perfeccionadas por el ideal socialista, clara e íntimamente comprendido. Y que es un tipo normal de mujer, lo prueba el que no es ni vulgar ni romántica, es delicada, es gentil, pero es positiva.

Su juventud afectiva fue triste, casi dramática, y ha dejado impresa en ella un tinte de verdadera tristeza, que raramente la abandona.

Joven inexperta, amó a su cuñado, que la obtuvo por sorpresa. Fue aquel un amor infeliz, como todos los amores clandestinos, agitado por un afecto inmenso, irresistible para el amigo, y por una ternura indecible para la hermana. Catástrofe terrible: la muerte de la hermana, seguida de la muerte del amigo.

Cuatro años después, cuando el corazón de Eléda pudo abrirse otra vez a las sonrisas del amor, fue su compañero un joven inteligente y esforzado, el más activo, el más eficaz socialista que haya jamás agitado las masas obreras de... Pero las contrariedades de la familia, las persecuciones de la policía, que varias veces encarceló al amado compañero, las estrecheces de la miseria contristaron un amor que duró cinco años, y tuvo un epílogo bajo la bóveda de un hospital en el cual se extinguió la vida del valiente joven. Un año después, Eléda encontró un doliente solitario de la vida y, un poco por piedad, un poco por el fastidio de la viudez, un poco por simpatía, se entregó a él. Fue el periodo menos bello de su vida afectiva, y los acontecimientos troncaronlo a los tres meses.

Vino al fin la libre unión con Aníbal, contraída para ir juntos a la colonia Cecilia.

Que las mujeres *honestas* estudien esta biografía de Eléda, en la cual ni un secreto hay oculto, y díganse luego a sí mismas si esta mujer es vituperable, si seguir su ejemplo sería ver-

gonzoso.

Y ahora intentaré mi propio análisis psicológico advirtiéndole que yo tampoco soy una excepción de inteligencia y de bondad; no soy más que un hombre, crecido, como tantísimos millares de hermanos míos en aquella escuela educatriz del dolor, que, en conclusión, es la vida; un poco escéptico, un poco pesimista pero también un poco optimista cuando pienso en el porvenir —optimista de la escuela positiva—; hombre de contradicciones, como por otra parte me parece lo somos todos en este período de palingenesia social.

Amo a Eléda, o mejor dicho, le quiero bien, como prefiere llamar, con agudeza de raciocinio, nuestra compañera. Para nosotros, el amor, según que es verdadero o es simulado, es la forma o patológica o quiijotesca del afecto; es aquella forma congestional que levanta al adolescente hacia las nubes luminosas de la adoración platónica, donde Dante ve pasar a Beatriz

benignamente d' umillá vestuta

o es el terrible martirio del Leopardi, es el suicidio, es el delito de los miles ignorados; cuando no es simulación de altos sentimientos, la profanación de una noble locura en una vulgar comedia, que tiende a conquistar un cuerpo, una dote, una posición social.

Querer bien, es la forma fisiológica, normal, común, del afecto. Querer bien, oscila entre los 20° y los 80° del centígrado del amor; más bajo, está el capricho, la simpatía de un día, de una hora, que —gentil y ligera— llega, besa y pasa; más alto está la locura sublime o la ridícula estupidez. Querer bien, es una mezcla apetitosa de voluptuosidad de sentimiento y de inteligencia, en proporciones que varían, según los individuos que se quieren bien. En conclusión, “querer bien”, me parece que es lo que debería bastar a la felicidad afectiva de la pobre especie humana.

Así es, que, quiero bien a Eléda; le quiero bien de modo subjetivo y objetivo, o sea: le quiero bien por ella y por mí.

Si la quisiera bien solo por mí, por los goces que me da, por el calor que ha aportado a mis pensamientos, debería decir, con más exactitud, que “me quiero bien”. Sería un afecto, nobilísimo cuanto queráis, pero suístico, como el afecto que tenemos a nuestros pulmones, a nuestro estómago, a nuestra piel por los servicios que nos prestan, por la necesidad que de ellos tenemos; como el afecto que se siente para las flores recién cortadas y puestas en agua sobre nuestra mesa; como el afecto que decimos sentir para con los canarios cuando cantan bien en su jaula. Son amores subjetivos; no queremos bien, pero “nos queremos bien”, queremos bien a nosotros mismos.

Quiero bien, además de a mí, también a Eléda, y por eso deseo que encuentre en este mundo —ya que al otro hemos renunciado— todos aquellos fugaces momentos de felicidad, y todos aquellos días serenos que le sea posible encontrar. Y como no soy tan presuntuoso, lo que valdría decir tan imbécil, de creer que soy, ni toda, ni una gran parte de felicidad para Eléda, me complazco en sus afectos pasados, con los presentes y en los futuros. Lejos de atormentarme con celos retrospectivos, hablo con ella voluntariamente de los dos

amores que han ocupado tanta parte de su vida; procuro conservarlos en su memoria, resucitar sus emociones. Amo a aquellos dos seres extintos que tanto amaron a mi amiga, y tanto fueron por ella amados. Con quien conservo un poco de antipatía, es con aquel tercero, que rápidamente pasó en la vida afectiva de Eléda. Y la conservo, porque no era digno de ella, porque no la quiso lo suficiente, porque no fue lo suficiente amado. Porque, en suma, aportó pocos momentos de felicidad a la vida de la amiga.

Amo a Aníbal, porque sé que Eléda lo ama profundamente y está orgullosa de su amor. He ahí por qué—antes de comenzar nuestra relación— cuando se temía que el dolor de Aníbal pudiese ser incurable, le dije con firmeza y sinceridad:

—Oye; si mi afecto debiese hacer trozos el tuyo, preferiría dejar las cosas tal como hoy están. He ahí por qué, por la noche, acompaño a menudo a casa, desde nuestro punto de reunión, a Aníbal y a su compañera, y les auguro afectuosamente las buenas noches.

He ahí porqué estoy contento que, cuando Eléda dice a Aníbal: “Voy con *Cardias*” le de y reciba de él un beso.

He ahí por qué me torturaban las explosiones de desesperación que, en los comienzos, vencían a Aníbal, cuando abrazaba y besaba a nuestra Eléda, susurrando entre lágrimas:

—¡Cuánto sufro, qué loco soy! Lo sé que continuas queriéndome, que me quieres más que antes. Pero tengo miedo; miedo de que amarás a *Cardias* más que á mí, porque es más inteligente que yo. Te quiero demasiado, y soy injusto contra el compañero. Hago mal; lo veo, lo siento; me vuelvo tonto, me volveré loco, quisiera morir. Quiéreme mucho, porque yo te quiero tanto...!

He ahí porque estoy contento ahora, que, entre Aníbal, Eléda y yo, hay un perfecta ecuación de afectos, y los cuidados de uno, o por uno, no turban la serenidad del otro.

¿Pensará alguien que este anulamiento de los celos sea carácter o signo de una psiquis débil, linfática o adiposa? ¿Que esta quietud del ánimo sea el sueño del lirón? ¿Que este episodio de amor se desenvuelva entre tres amigos de vida tranquila? Si alguien lo pensare está en un error; porque en nosotros se agita hoy la sangre de la humanidad moderna, hormiguea en nuestro cerebro el pensamiento de nuestros tiempos, corren por nuestros nervios las sensaciones equilibradas y fuertes de la virilidad.

Si de algún centímetro somos *déplacés*, no lo somos seguramente al inferior de la humanidad, sino por encima: a aquel cercano encima que pronto la sociedad humana debe alcanzar, porque su ley eterna no es el descender sino el ascender.

Así como del pensamiento de los demás tomo los elementos que, junto con mis propias observaciones, concluyen por constituir mis ideas, del mismo modo de la conciencia de los demás tomo buena parte de eso que constituye mis sentimientos. Pero para mis sentimientos como para mis ideas, ni temo el escarnio, ni deseo el elogio de los demás. Cuando puedo hacer constar en mí mismo, que los sentimientos o ideas se corresponden perfectamente, mi conciencia vive modestamente segura, aun cuando ella estuviese en pugna con la conciencia de toda la humanidad. Con esta seguridad, llamada si queréis ingenua seguridad, confío al público hipócrita y

beatucho mis confesiones.

Narrado el episodio, quisiera señalar la teoría en el pensamiento y en la moral socialista.

Corre entre la gente, y es aceptado e indiscutido, el dogma de que no puede amarse a varias personas al mismo tiempo.

Si no fuese dogma, y no fuese también opinión generalmente aceptada ¿cuánto trabajo se necesitaría para demostrar la verdad? Entonces, la verdad —natural, espontáneamente aceptada— sería que, excepcionalmente, se puede amar una persona sola.

Pero cuando todos, o la mayoría creen una bestialidad, no tienen necesidad de demostrarla; todo lo más que hacen es apoyarla con algún proverbio vulgar, ya que de proverbios, la ignorancia popular no ha sufrido escasez. Toca a los herejes la confutación del dogma, la demostración de que, lo contrario, es la verdad.

Amar a más de una persona contemporáneamente, es una necesidad de la índole humana.

He ahí la tesis que una legión de doctos podría desarrollar en una colección de volúmenes. Yo no soy docto, no solamente para desarrollarla; soy apenas capaz de comprenderlas intuitivamente. Pero también el pueblo es más apto para comprender intuitivamente que para analizar, y tal vez le bastarán estas pocas páginas que puedo dedicar a esta tesis.

Fisiológicamente, el amor es el perseguimiento de la voluptuosidad, cuya consecuencia involuntaria es la perpetuación de la especie. Fisiológicamente, el macho goza, dentro del límite de sus fuerzas, de cuantas hembras encuentra dispuestas al acoplamiento; y cada hembra, en la época de la evolución, goza cuantos machos halla. Entre las plantas fanerógamas —donde los sexos están mejor caracterizados— la promiscuidad es la ley, la monogamia es la excepción. El casto lirio encierra en su nivea corola cinco estambres al rededor de un solo pistilo, y la misma reina de las flores acoge al rededor del único *genulario* un regimiento de machos, que representan muchas veces el múltiplo de cinco. Pero si queréis considerar los estambres de una flor, como los muchos órganos sexuales de un solo macho, pensad en tantas especies de plantas que llevan flores machos sobre algunos individuos y flores hembras sobre otros. Son nubes de polen provenientes de millares de machos, que el viento lleva lejos en sus torbellinos a besar las flores hembras que esperan. Los gránulos de polen de una misma antera ¿quién sabe sobre cuantos pistilos se posan? ¿Quién puede decir por cuántas anteras queda fecundado un genulario? Si muchas variedades de plantas pertenecientes a una misma especie se siembran muy cercanas, se suceden innumerables bastardeos.

Las flores negaron la fábula de la monogamia y de la fidelidad conyugal. Asimismo entre los animales la monogamia es una excepción, casi toda encerrada en el orden de los pájaros, donde la obra de la incubación y los cuidados de los pequeños la hacen necesaria.

En la historia primitiva de la humanidad encontramos el patriarcado; mucho más tarde, y bajo la influencia de razones económicas y políticas, vino el patriarcado poligámico, y después el maritaje monogámico.

Pero escuelas filosóficas, sectas religiosas y rebeliones personales afirmaron en todos tiempos, hasta nosotros, el amor libre, como protesta de la naturaleza y de la razón.

Pero lo que más debe tenerse en cuenta, es que la mujer ha amado siempre a alguno además de su marido; y que el hombre siempre amó a alguna además de su mujer. Raramente, excepcionalmente, el nuevo afecto ha muerto al antiguo; si fuese diversamente, ningún marido sería amado por su mujer y ninguna mujer por su marido. Las más de las veces, los dos afectos viven en paz en el mismo corazón, contribuyendo esto, a que uno vuelve el otro más tierno y más expansivo. Es el amor libre menos la lealtad, o más la mentira, la grata mentira; es la sofisticación del amor libre; es el adulterio.

¿Y como podría dejar de imponerse el amor libre?

Se ama una persona por ciertas cualidades suyas; la belleza, el espíritu, la bondad, la inteligencia, la fuerza, la bravura. ¡Y cuántas gradaciones, cuántos esfumes, cuántos modos de ser hay por cada una de estas cualidades! Amaréis la persona que posee, entre estas cualidades, aquella que a vosotros más os plazca. Pero después encontraréis otra persona, varias, que las mismas cualidades, la misma atracción poseeránla en grado mayor o menor, y no podréis por menos que amarla. La hipócrita moral logrará alguna vez condenaros a un ridículo martirio, pero las más de las veces destruirá la sustancia de la monogamia y conservará de ella solo la forma.

El amor es único y exclusivo en los organismos inferiores, porque se resume todo en un acoplamiento que mata los amantes y da vida a la prole. Pero la especie humana elevándose, por ciertos aspectos, por encima de la animalidad, refinaba, procediendo del simple al compuesto, sus sensaciones primordiales, sus primordiales necesidades. Ahora, y desde todo el ciclo histórico, no es ya una hembra cualquiera en su periódico momento de amor que conmueve la psiquis del hombre; no es ya el primer macho venido el que la mujer desea tener en sus brazos. La sensación primordial se ha hecho policroma, desde que tantas centellas de belleza —de belleza plástica, de belleza moral, de belleza intelectual— han surgido del seno del rico poliedro humano. Desde que en el abrazo la especie humana se dijo dulces y misteriosas palabras, desde que la ternura y la bondad brillaron en los ojos de la mujer, y la inteligencia y la poesía en los ojos del hombre, el amor dejó de ser la necesidad simple y primordial de un acoplamiento cualquiera; entre un solo macho y una sola hembra no pudieron ya cambiarse todos los elementos del amor.

Así es, que, el amor podría aun ser único y exclusivo en estos dos casos: cuando en la persona amada no se desea más que el sexo (y necesitase vivir en el último grado de la escala humana para que esto pueda suceder), o cuando en la persona amada está compendiada toda la belleza, toda la bondad, toda la inteligencia, en una palabra, cuando están compendiados todos los atractivos del otro sexo (y necesitase ser bien tonto para suponer que esto ocurra). Pero como que de estos atractivos solo puede existir una mínima parte, el sentimiento corre involuntario a buscar los demás.

De hecho, en las clases sociales más ricas, donde —bajo ciertos aspectos— la índole humana se ha elevado, el sentimiento del amor asume una forma más compleja, más rica de líneas, de colores, de esfumes, de penumbras, que siempre puede más difícilmente realizar en una sola persona el tipo soñado; y

las relaciones afectivas, en aquellas clases sociales, son más delicadas, más altas, más numerosas —malgrado la hostilidad del ambiente social — e indiscutiblemente más libres, de lo que no lo son en las clases artesanas y campesinas. Siento no haber dado la demostración inconfutable de la tesis expuesta: *“Amar más de una persona contemporáneamente es una necesidad de índole humana.”*

En una controversia pública donde con las cavilaciones más estúpidas y con las paradojas más brillantes se acostumbra a sostener y hacer triunfar las causas más absurdas, el público —fiero de pudor y de honestidad convencional— probablemente me silbaría y aplaudiría a mi contrario. Pero tú que me lees, completarás mi demostración y la tornarás más inconfutable, si tienes el valor de interrogar a tu conciencia, a solas, se entiende — porque probablemente tú temes también los silbidos— y preguntarle:

“Conciencia mía, nadie nos oye ni nadie nos ve. Conciencia mía, ¿puedes jurar, sin decir mentira, mi fidelidad? ¿No te has dado cuenta de que aquel único afecto no bastaba a llenar mi corazón? ¿No te fijaste en aquel otro amor, que no mató al primero? ¿No has sentido mi fantasía, volar entorno ligera, ávida de belleza, de espíritu de ternura, de saber? ¿No has oído las feroces batallas inútiles y sin gloria, que en tu seno han librado, el amor y el deber, el deseo y el miedo, la ternura y la vergüenza? ¿No los has visto los gérmenes nuevos que en la primavera se hinchaban en el tronco de mi corazón? Estaban llenos de hojas y de flores, aquellos noveles gérmenes; ¿quién sabe cuales esplendores de verdor, cuales delicadezas de aroma y qué dulzura de frutos, podían dar a mi triste vida? Y yo los he destruido, porque destruirlos era deber, porque respetarlos era pecado. Dime, dime conciencia mía —estamos solos y nadie nos oye—; si en el mundo no existiesen el deber y el pecado, ¿No sentiría yo la necesidad de amar a alguna otra persona, sin causar daño a la que amo? Conciencia mía, respóndeme por una sola vez la verdad.”

Y si la conciencia te responde la verdad, para tú, que me lees, este libro ha concluido.

El derecho a la plena libertad de amar me parece indiscutible. De hecho, todos los códigos y todas las religiones lo niegan a las personas casadas, la moral de parada de este siglo lo niega a los jóvenes.

La libertad de amar pertenece a la categoría de libertades corpóreas, que son las más esenciales, las más necesarias, las de más difícil supresión. Hasta que no se restaure el principio jurídico de la esclavitud —y equivale a decir jamás— será imposible negar el derecho y la facultad de disponer libremente de la propia persona, tanto del propio cuerpo como del propio sentimiento. Y no me vengáis con la restricción que una libertad, un derecho, concluye allí donde lesiona otra libertad, otro derecho. Si cuando mi derecho pasa, alguien sufre y llora, yo podré deplorarlo, y aun podré renunciar a mi derecho; pero si pretendéis negármelo, entonces tanto vale declarar mentira la libertad.

El derecho de amar libremente ¿podrá ser cancelado de la promesa de fidelidad conyugal? Si esto fuese, necesitarase restablecer la indisolubilidad de los votos monásticos que se pronuncian con tanta imprevisión, tanta cuanta se usa ordinariamente al pronunciar los votos matrimoniales, o simplemente la

promesa de exclusivo y libre afecto. En uno y otro caso, es en el conocimiento de las condiciones, de los sentimientos de un día, que se hipoteca toda la vida; la vida, que estará llena de circunstancias bien diferentes de aquellas que se previeron. Una promesa de fidelidad es muy deplorable, porque es muy fatua y poco sincera. Pero una tontería no puede destruir un derecho natural, imprescriptible e inalienable.

Estas cosas las sabe muy bien la gente, y las pone en práctica cada día. Solo que, el derecho, ejércese en el misterio, como el hurto; y aquello que debería ser el libre comercio, asume el carácter placentero y provocativo —pero poco digno— del contrabando.

Por otra parte, cuando nosotros los anarquistas decimos a la gente adulta y sana de mente, “*has lo que quieras*”, es la forma simple, pero real y comprensible, bajo la cual entendemos el derecho.

Pero, ¡qué pocos son los caracteres enérgicos de rebelde! Y tantos, que saben desafiarlo todo —desde el ridículo hasta la muerte—, vacilan y doblegan débilmente ante el temor de adorar a la persona amada.

Para introducir esta reforma en nuestras costumbres, no basta generalizar la convicción, que, la absoluta libertad de amar es necesidad natural y derecho personal.

No basta que uno de los dos amantes diga: “*sigue el nuevo afecto, libertad por libertad, yo te abandono*”. O bien, con más inteligencia y mayor bondad: “*Tu nuevo afecto es gentil como el nuestro; no eres diferente de lo que eras y por eso te amo aún; ni dejo de amarte, ni te abandono, pero sufro*”. No basta echarse en brazos de los términos medios, en las medias soluciones del prejuicio y del egoísmo peormente entendido; se necesita echarse sueltamente o de una parte o de otra. Si nos declaramos por la libertad, será necesario ayudar a los demás a hacerse libres, como nosotros tenemos necesidad de que nos ayuden. Si creemos tener la santa libertad en casa nuestra, solamente porque hemos dicho a la compañera: “*Haz lo que quieras*”, o no habremos entendido nada de la vida, o habremos entendido lo suficiente para ser hipócritas como todos. La compañera apasionada en realidad, no hace nunca *lo que quiere*, sino *lo que debe* —o sea, aquello que *cree deber hacer*— para evitar al compañero un dolor, que ella comprende tácitamente amenazado.

Dirá el lector que caigo en la exageración y en el absurdo, mientras de hecho sigo la lógica y busco la verdad, mandando al diablo los prejuicios y las serias bufonadas como son actualmente la moral y la dignidad.

Hay que amar profundamente a nuestra mujer por nosotros, por nuestra felicidad, pero sobre todo por ella y por su felicidad. Hay que desearle sinceramente otros afectos que más cerca condúzcanla de la felicidad; y de este nuestro deseo hay que convencerla profundamente. Debemos ayudar a nuestra compañera a estudiar aquellos pequeños gérmenes de simpatía, que, no cuidados o combatidos, nunca hubieran tomado completo desarrollo; de aquellos gérmenes de simpatía debemos, junto con ella, escoger y educar los más gentiles, hasta que la simpatía se convierta en amor, que vale tanto como decir elementos nuevos de alegría, de bondad, de educación personal y de social progreso.

Sobre estas formaciones geológicas del adulterio, que son nuestros tiempos, me parece que se puede ser ya hombres nuevos. Que me ahorquen si no digo la verdad. Cuando no existiesen razones extrañas a mi voluntad, diría a Eléda:

—Escucha; yo deseo que un nuevo estremecimiento de juventud alegre el ocaso de tu vida. ¿Qué pequeña simpatía palpita en tu corazón? Confíamela ¿Es pequeña? Crecerá. ¿No tiene aún forma concreta? Pronto asumirá contornos más precisos y colores brillantes. ¿Es aquél el joven que más te gusta? Ámalo serenamente, porque es bueno.

Y quisiera anunciar al tímido joven la buena fortuna; e invitarle a cambiar el primer beso de promesa; y ornar de flores mi lecho para su primer encuentro; y recibir al joven en el dintel de mi casa, besándole en las mejillas como a un hermano; y volver más tarde y encontrarlos abrazados y besarlos en la frente como a niños felices. Todas estas diabluras quisiera hacer, y siento que las haría a pesar de un resto de celosía, pero bajo una coraza de bondad, de afecto y de razón.

Si procuro arrancar el amor libre —que para mí significa casi siempre amor múltiple y contemporáneo— de las regiones del adulterio, de la vergüenza, del ridículo, donde lo han confinado, para conducirlo,

radiante de justicia y de piedad,

alta y pura la frente, la mirada serena y sonriente, el corazón fuerte y seguro; en suma, sano, joven y bello, en medio de las gentes que lo renegaron, con esto, no tiendo tan solo al triunfo de la santa ley de la naturaleza, a la afirmación enérgica del derecho; tiendo también a otro objetivo, que tal vez es más alto y más grande: miro a la destrucción de la familia.

Los charlatanes de la moral, los impostores de la religión, los embusteros del arte, los tontos de la escuela, y toda la numerosa canalla que ha bestializado el carácter humano, han opuesto a la nauseabunda realidad de las familias, la abstracción poética, gentil y santa de la *familia*. Nos han levantado de cascós, soñando un ideal irrealizado e irrealizable, mientras la realidad de nuestras familias nos ahogaba en el dolor y en la infamia. Nos han traicionado, mostrándonos oropel como si fuese oro, prometiéndonos vino, cuando sabían perfectamente que la cuba solo contenía, y no podía contener otra cosa, que vinagre. Merecerían que destrozáramos su ideal embustero, aun cuando tuviese el valor artístico de una *madonna* del Perugino; pero desgraciadamente estamos aún demasiado imbuidos de estética moral, y la ficción, la abstracción, la fábula de la familia santa y pura dejémosla entre las creaciones de la humana fantasía.

Pero para la familia real, para la familia que existe en la dolorosa realidad de la vida, ni una consideración, ni un respeto; cada puntapié que pueda dársele es una buena obra.

Creo yo también que la especie humana tiene reminiscencias canallescás; pero el ambiente doméstico me parece que es el que más amorosamente lo educa y mejor coopera para que resucite la bestia humana.

Si la familia pudiese vivir en la calle, bajo la escudriñadora mirada de la sociedad, o, como dijo no sé quién, en una casa

de cristal, podría tal vez atenuar un poco su ferocidad, su vileza, su corrupción. Pero la pareja humana encerrada dentro de la familia tiende a aislarse en la caverna, en la cabaña, en el tugurio, en el palacio, donde puede. Y el sagrario doméstico, el inviolable santuario de la familia, el secreto gineceo se convierte en el subterráneo de la santa Inquisición, en la celda secreta de la Bastilla. Las peores brutalidades humanas están allí dentro, porque quedan veladas e impunes.

Es en el santuario de la familia que el marido fuerza a la mujer a las suciedades de cortesana; es en esta santa arca intangible que se consuma el incesto, la forma más repugnante del amor; que se practica la sodomía, la mas abyecta de las infamias humanas; que se entontece en la masturbación, el vicio de la virtud. Es en la monarquía absoluta de la familia, que la mano del vil golpea las mejillas de la mujer; que los jóvenes crecen en los tristes hábitos de la obediencia, de disimulo, en el deseo de poder un día, a su vez, mandar. Fue en las trágicas riñas entre los genitores que los hijos —tomando parte en pro del padre o de la madre— aprendieron a odiar. Fue en la parcialidad, en la predilección por uno de ellos, que los hermanos aprendieron la envidia y los celos. Fue en las primeras enseñanzas maternas que aprendieron el egoísmo, la supersición y la mentira. En la familia, la prole repite y perpetua el estúpido cliché de los genitores.

No vengáis a sostenerme que las familias abyectas son la excepción; numeradlas, si podéis, y encontraréis que son la regla. Ni puede ser diversamente, porque en la familia la impunidad de cada acto reo es casi segura; por lo cual podría sostenerse rigurosamente que —dada la maldad actual de la especie humana, por nadie puesta en duda—, todas las familias, más o menos, están corrompidas, y aquellas que parecen honestas y pulcras, deben esta civil apariencia al disimulo y a la hipocresía.

Y no me opongáis a la familia la libre unión de los socialistas, su libre familia; es familia como todas las demás; de libertad solo puede tener y tiene efectivamente, solo una larva teórica, porque familia y libertad son términos contradictorios.

Lejos de mi ánimo el pensamiento de hacer el proceso a la vida de familia y de escribir su requisitoria. La familia se procesa a sí misma cada día más; a cada momento se descompone y decae.

Las crónicas de las gacetas son sus boletines sanitarios, que certifican el empeoramiento del mal; las novelas y las comedias son los episodios de la inmensa catástrofe; Balzac y Zola son los ingenieros que señalan las grietas del viejo edificio; el agudo periodista que satiriza maridos y mujeres, padres e hijos, suegras y yernos, es el escéptico sacristán que toca a muerto.

Para mí, estoy tan convencido de que la familia es el mayor estercolero de inmoralidad, de maldad, de ignorancia, que, si me fuese posible destruir, escogiendo uno de los grandes azotes humanos: la religión o la langosta, la propiedad individual o el cólera-morbo, la guerra o los mosquitos, el gobierno o los pedriscos, el parlamento o las úlceras, la patria o la fiebre palúdica, sin titubear escogería la destrucción de la familia.

Pero la familia no es de aquellas instituciones que se pueda destruir desde el exterior, y mucho menos con la violencia. La resistencia, la reacción sería inmediata, general, irresistible. Es una de aquellas instituciones que primeramente deben

destruirse en la conciencia popular, y después caer materialmente por autodestrucción interior.

Sé muy bien que, todo cuanto, hasta el presente, fue puesto en lugar de la familia, no vale un céntimo más que ésta; que los asilos de bastardos son carnicerías, que los colegios de pensionistas son casas inmundas, que los amores de una hora son fatuos y venales.

Pero sé también que cuando la aristocracia intelectual y moral de los hombres, la masa interesada de las mujeres, con la práctica evidente del amor libre, habrán borrado de la faz del mundo la mentira de la paternidad, la familia quedará por mitad destruida y deberán necesariamente surgir, espontáneas, las relaciones sociales llamadas a sustituirla.

También el instinto de maternidad es transitorio y destinado a desaparecer. Se ha desarrollado paralelo a la necesidad natural de criar la prole; así es que no existe en aquel orden de animales que pueden abandonarla apenas nacida; y se atenúa en las clases sociales, que dan a crecer sus hijos fuera de casa. Si un día la sociedad puede ofrecer a las madres algo que valga realmente más que su lactancia y su obra de primera educación, desaparecida la necesidad de criar los hijos, también el instinto materno desaparecerá grado a grado, y los afortunados de aquellos tiempos respirarán satisfechos pronunciando el *finis familias*.

Como la familia es actualmente la principal razón de ser y el principal sostén del régimen capitalístico, por las mismas razones es incompatible con la vida socialística.

Si se tratare de una forma colectivista y autoritaria, el amor exclusivo de la mujer y de la prole aguijoneará a todos hacia la conquista del poder y de la riqueza, y el mundo social volverá a ser un campo de batalla. Si se tratare de una forma comunista y anárquica, cada uno procurará concentrar alrededor de su familia la mayor cantidad de bienestar, aunque sea a costa de los demás. La solidaridad será una teoría mientras el hombre vea de un lado la mujer y los hijos y por el otro la humanidad. Y los padres de familia más inteligentes, más trabajadores, más enérgicos crearán en la comunidad sacrificados sus hijos, y se estrecharán en alianzas reaccionarias. Por grande que sea la producción social, los padres rivalizarán en dispararla, temiendo que no toque a sus hijos lo suficiente. Por abreviado y más genial que fuere el trabajo, los padres temerán siempre producir demasiado, cuando vean que no producen exclusivamente para sus hijos.

Gerónimo Boccardo escribió, muy justamente por cierto, en su **Diccionario Universal de Economía Política**, al tratar de la palabra *Comunismo*: "Del corazón paterno no podréis jamás extirpar un potente instinto, el amor para su prole; él trabajara para ellos, para ellos acumulará los productos de su trabajo, y hete ahí que el instinto de la propiedad renacerá... La lógica os fuerza a ser comunistas hasta el extremo, a abatir la familia con aquel mismo golpe con que abatís la propiedad, o bien a admitirlas y respetar entrambas".

Bien dicho, pardiez. Liberémonos de entrambas.

Y si no nos liberamos de la familia, la familia destruirá el comunismo. Probablemente esto es lo que ha sucedido en muchas colonias comunistas norteamericanas, fundadas sobre el principio de familia, que cayeron, o vivieron anémicas, o



Buchenwald-Auschwitz-Maidanek, 1941-1943

debieron apoyarse en el sentimiento religioso, mientras prosperaban casi todas aquellas que establecieron el celibato. El celibato casto es una aberración fisiológica y moral; sin embargo, comunísticamente, vale más que la familia. También en la colonia Cecilia casi todas las dificultades de orden interno provienen del egoísmo de familia, y deberían desaparecer con el amor libre. La inteligente población comunista de Oneida vivió floreciente treinta años con el amor libre, que llamaban *matrimonio complesso*,⁴ y cayó a pesar de esta civil costumbre, por causas de otra naturaleza.

Cambiad los ritos y los nombres cuanto queráis, suprimidlos si así os place; pero mientras tendréis un hombre, una mujer, hijos, una casa, tendréis la familia, que equivale a decir una pequeña sociedad autoritaria, celosa de sus prerrogativas, económicamente rival de la gran sociedad. Tendréis los pequeños territorios tiranizados por los fuertes, tendréis los ambientes circunscritos en los que el amor se explica en todas sus más erróneas y dolorosas manifestaciones, desde los celos al delito. Y como que la vida colectiva resulta en parte de la suma de todas las vidas individuales; y como que los hábitos privados influyen grandemente sobre los hábitos públicos, será minada y poco segura la existencia de una sociedad que pretendiese regirse contemporáneamente bajo dos principios contradictorios; el egoísmo de la vida doméstica y la solidaridad de la vida colectiva. En el duelo formidable que necesariamente se empeñaría, no es fácil prever cuál de los dos principios combatientes tocaría sucumbir.

La armonía de las relaciones económicas entre el individuo y la sociedad podrán ser natural y espontáneas solamente cuando todas las mujeres serán consideradas como posibles amigas y todos los niños como posibles hijos. Entonces el afecto de las mujeres más bellas y seductoras será el premio anhelado por cada hombre; será el estímulo que substituirá la riqueza y la gloria en la contienda humana de talento, de laboriosidad, de valor: la competencia sexual —que tanta parte toma en la lucha por la existencia y en el perfeccionamiento de la especie— hará trozos las capillas artificiosas, desparramándose en la amplitud natural de la vida. Los individuos mejores se encontrarán, en provecho de la especie, porque las virtudes tienen su lado artístico, su atractivo de belleza, y, hoy aún, a pesar de toda la fatuidad del sexo y de la educación, espontáneamente, sin la idea ficticia del deber social, muchas veces la mujer se interesa más por el hombre inteligente y bueno, que por el perfumado y estirado fanteche de Nurimberg.

Y mientras el amor es de este modo estímulo y premio de civiles virtudes, es también por sí mismo elemento de educación. Todos se vuelven mejores, amando; sienten la influencia moral que recíprocamente ejercen, una sobre otra, dos inteligencias enamoradas. Amemos, pues, el mayor número posible de personas; recibamos de cada una aquel especial elemento educativo que posee y que pueda darnos; asimilemos todos estos elementos a nuestro propio carácter, y de este modo podremos decir que el amor libre nos completa, nos integra, nos mejora, nos vuelve aptos hacia formas superiores de vida social.

Se afirma que la próxima revolución social emancipará económicamente a las mujeres; que, obrera, participará de derecho

a la posesión de las riquezas producidas sin que sea por más tiempo, real o aparentemente, mantenida por el hombre; que, consecuencia necesaria de su emancipación económica, será también su emancipación afectiva, y que, de tal modo, el problema del amor tendrá su solución espontánea, lógica y necesaria.

Estas previsiones me parecen poco seguras, más bien dudosas en el punto en el cual muévense. Dadas las opiniones universalmente aceptadas, las costumbres dominantes, los sentimientos en los cuales impera la conciencia popular, no es el caso de preguntar: ¿La revolución social emancipará económicamente la mujer? Y si no: la mujer económicamente emancipada ¿podría emanciparse, por este solo motivo, de los prejuicios morales, de la despótica supremacía afectiva del hombre?

Con los vientos que corren aún entre los hombres más despreocupados, entre muchos anarquistas que creen ser los mas férvidos fautores de libertad, pero que en el caso de amor son aún musulmanes o algo peor, tanto que tienen a sus mujeres apartadas del movimiento social, la duda se impone. Verdad es que la emancipación económica de la mujer está escrita en todos los programas socialistas, pero lo está más como parte ornamental, que sin pensar se escribe y alegremente se abandona, que como parte esencial y necesaria, concisamente, enérgicamente querida, signo de batalla por el cual se vence o se muere. Y es natural que así sea, porque el sexo corresponde grandemente a la clase social.

Del mismo modo que toda clase combatió siempre por sus intereses, y nunca para emancipar a otras clases a ella sujetas, así los hombres, que hoy se complacen en la posesión exclusiva de sus mujeres, ni defenderán, ni consentirán una emancipación económica que pondría en peligro aquella posesión, que la destruiría completamente. Los pretextos, para negar mañana la emancipación hoy prometida, no faltarán, y tendrán hasta visos de razón, porque hombre y sofista son un mismo animal. Durando los sentimientos actuales sobre el amor y la familia, la desidia aportárase sobre un campo mucho más delicado y quebradizo que no es el de hoy, sobre el cual combate la burguesía por sus privilegios económicos; el más convencido anárquico de entonces, si combate por su mujer, será tan reaccionario, tan feroz, tan implacable como hoy lo es Alfonso Rothschild combatiendo por sus millones. O las ideas de los hombres sobre el amor toman otro camino más razonable, y logran hacer entrar en él a las mujeres, o la revolución social no será más que el triunfo del proletariado masculino; costumbres nuevas surgen en la conciencia popular sobre los detritos de las viejas costumbres, o las mujeres constituirán el quinto estado de la sociedad que está por venir, o los hombres encontrarán conveniente renunciar al mismo tiempo a MI propiedad y a MI mujer para participar de la posesión más grande, más rica, más variada de NUESTRAS propiedades y de NUESTRAS mujeres; más exactamente dicho: o los hombres encontrarán más conveniente renunciar a la mujer como cosa apropiable, para obtenerla libre amiga en las mutables eventualidades de la libre vida, o las mujeres —que no pueden ya descender a ser animales graciosos y benignos— deberán prepararse para dar ellas la última batalla, para integrar toda la humanidad en una sola y libre asociación.

4 Matrimonio complicado: traducido literalmente.

En uno u otro caso, así como las relaciones económicas fueron la cuestión del siglo XIX, del mismo modo las relaciones afectivas serán tal vez la cuestión palpitante del siglo XX.

Concluamos. No la promesa inatendible de emancipar económicamente la mujer y ofrecerle una unión libre, que no lo es, pero sí la destrucción espontánea de la familia, es lo que debería entrar ya valerosamente en todo programa socialista; y en la moral socialista me parece que debería comprenderse ya el amor libre, múltiple y contemporáneo enlace de afectos, por todos deseado, de nadie temido.

La expresión “amor libre” que he usado en este librito, no es muy conveniente, porque con las mismas palabras se designa a menudo otra cosa, y porque *libre* se puede decir el adjetivo necesario y siempre incluido en el concepto de amor. Es útil encontrar una expresión adaptada a aquel modo de relaciones afectivas que he indicado, como a aquel que debe surgir a la muerte de la familia bajo la forma que fuere; es útil por brevedad de lenguaje y para claridad de ideas. Excluido el término de “unión libre”, que significa otra forma de familia; excluido el término “poliandria poligámica”, que puede ser simplemente un matrimonio en cuatro y una familia más numerosa, quedan los términos de *matrimonio complesso*, ya usado en Oneida, y el de *maridaje comunal*, usado por Morgan y por Kropotkin. Yo preferiría sin embargo la expresión *abrazo anarquista*, o mejor la de *beso amorfista*, que me parece significa más claramente la negación de toda forma doméstica en las relaciones sexuales.

Me place poder añadir que la iniciativa del caso amorfista relatado en este folleto, ha sido recientemente imitado por otra mujer valerosa. Este segundo caso es aún más significativo que el primero, porque la heroína hace apenas dos años que salió de las incultas clases agrícolas de Italia; estaba ligada por diez y ocho años de vida matrimonial y por una corona de cinco hijos. Sin embargo, ella también ha sentido surgir un nuevo afecto al lado del afecto antiguo; y noblemente lo ha manifestado al padre de sus hijos, y ha sido tan afectuosamente elocuente en el expresar la necesidad de procurar el triunfo de nuestras ideas, por el principio de familia amenazadas, que su compañero apuró heroicamente el amargo cáliz, y, en un encuentro de ayer tarde, nos ha dado él mismo la noticia de la fausta nueva. Todos nos hemos alegrado con él por la fuerza de ánimo con la cual ha sabido cumplir su deber, y con la mujer por el espíritu de independencia y de lealtad que ha demostrado.

Es otro paso seguro que la colonia Cecilia ha hecho, sobre los prejuicios, hacia su sonriente porvenir.

Abril, 1893.

Post scriptum

Por qué se fundió la colonia socialista Cecilia

Después de algunos años de existencia, fundióse la colonia Cecilia. Las causas que determinaron su disolución las explica el mismo Rossi, fundador de dicha colonia, en una carta que escribió a un amigo suyo de Suiza.

He ahí el documento:

...Ahora que ha pasado algún tiempo desde la disolución de la colonia Cecilia, paréceme se puede considerar el hecho con la mayor serenidad posible, y poder distinguir exactamente las causas generales del fracaso, de las causas secundarias y anecdóticas. Para mí, ni unas ni otras son en detrimento del ideal del comunismo ni de la Anarquía. Ten en cuenta que ésta no es apreciación de sectario, como dicen los burgueses; pues si bien me siento, más aún que antes, anarquista, no me siento tan comunista como antes. Tengo la intuición de otro sistema económico, a mi parecer más natural, más espontáneo, más razonable y más útil, si no más justo, del comunismo. Lo he expuesto en un folleto inédito aún, **El Paraná en el siglo XX**. A pesar de este mi cambio de simpatías, estoy seguro que la colonia Cecilia no cayó porque fuera comunista y mucho menos porque fuese anárquica. Cayó porque fue pobre, y fue pobre porque principió con poquísimos recursos, con personas incapaces para los trabajos agrícolas, y porque se encontraba sola en el mundo, que le era económicamente extranjero. El entusiasmo es un estado nervioso excepcional que no puede durar siempre, y el entusiasmo decayó entre los cecilianos. Gozábamos de la libertad en nuestras relaciones internas, pero nos faltaba el bienestar material, y el hombre estima y desea algo más de lo que posee. Nuestro pequeño mundo anárquico era demasiado pequeño y consiguientemente, demasiado pobre para proporcionarnos el pan blanco, la botella del vino, la butaca al teatro, la blanda cama, la compañera amorosa; contrariamente a la retórica de los poetas, hemos preferido las rosas de la esclavitud a las espinas de la libertad. Tenéis que comprender muy bien esto: que cuando una comunidad sea agrícola, sea industrial, no tiene capacidad ni medios de producción suficientes, sus miembros estarán mejor siendo explotados por el capitalista y convertidos en asalariados.

Esto es, para mí, la verdadera causa que preparó poco a poco la disolución de la Cecilia. Si el mundo entero se hubiese hecho ceciliano, sostengo que aún subsistiría.

Las causas accidentales, las culpas individuales, los incidentes personales y particulares que han precedido, acompañado y seguido a la disolución, no tienen, a mi parecer, ninguna importancia. En casos semejantes, las personas de menor inteligencia se complacen en acusarse recíprocamente. Yo encuentro, al contrario —y no por esto me considero más inteligente—, que todos hemos hecho cuanto pudimos, cada uno según su capacidad. Algo de bueno y algo de malo, todos lo hemos practicado; porque todos somos un poco razonables y un poco insensatos; poseemos un lado bueno y otro malo.

Según mi parecer, la Cecilia no ha sido un fracaso. Ha sido un experimento que pasará a la historia, que duró lo suficiente para que la idea orgánica de la Anarquía pudiese ser puesta a prueba. Y salía incólume del experimento.

Esto desde el punto de vista científico. Desde el punto de vista de propaganda, me parece que, especialmente por tus trabajos de traducción, la Cecilia ha efectuado tanto en tres años, que probablemente no hubieran efectuado otro tanto sus miembros en otras condiciones de vida.

[reproducción completa del folleto nº 5 de la serie “Propaganda Emancipadora para las mujeres”, Biblioteca de **La Questione Sociale**, Buenos Aires, 1895. Traducción de José Prat]



Bombardeo a Granollers, 1938